

EL ESPAÑOL, ¿ES RELIGIOSO?

Es esta una pregunta que nos hacemos muchos.

Hace unos años tuve dos experiencias anecdóticas que me sirvieron de acicate para ahondar posteriormente en la concepción del español como hombre religioso.

Una repatriada de Rusia (que había ido allí a los cuatro años, durante nuestra guerra civil) me confesaba —con una ingenuidad fenomenológica que hubiese envidiado Husserl— que se había decepcionado al venir a España. Tenía la secreta ilusión de conocer cómo era un país religioso, porque siempre había vivido en escuelas y universidades que la enseñaron y convencieron de que el sentimiento religioso era algo a-científico y sobrepasado. Pero nunca había podido comprobar por sí misma los valores negativos o positivos de esta vivencia humana. Su educación intelectual y su ausencia de conocimiento directo del fenómeno —sin embargo— no la habían hecho desconocer que —con todos sus defectos y anacronismos— lo religioso se debía relacionar con el desprendimiento y la entrega a algunos valores absolutos —para ella falsos—, pero que tendrían algunas consecuencias —pensaba ella— positivas en el trato y convivencia con los demás.

En una palabra, creía —como el filósofo Schleiermacher— que lo religioso era «un sentimiento en dependencia de lo absoluto». Y por eso pensaba que la entrega desprendida a unos ideales debía notarse en la gente religiosa, y que estos ideales —fuesen o no reales— debían ser amplios, abiertos y sin mezquindad, ya que el catolicismo decía ser «universal».

Por otro lado, pensaba con Nietzsche —sin darse cuenta de esta coincidencia— que si los cristianos eran creyentes en la Redención, ésta se tendría que notar en la vida que llevasen, porque estaría encarnada en las vidas de todos ellos —más o menos imperfectamente—, pero dando ejemplo de una profunda fe en la transformación liberadora de todas las cosas y personas mediante un amor sincero, y sin discriminaciones rastreras, que esperaba llevarían dentro y fuera de sí mismos los católicos españoles. Se podría resumir su expectativa, al venir al país de nacimiento, con las palabras de ese filósofo: «Los discípulos de Jesús se deberían mostrar como redimidos, para que yo pueda creer en el Redentor. (F. Nietzsche: *Así habló Zaratustra*.) Y no fue esto lo que encontré».

Al venir a España, su desilusión fue grande. Cuando yo la conocí hacía ya un año que estaba entre nosotros; había tratado a gente joven y a gente madura en sus avatares por adaptarse a nuestra vida. Y no había encontrado, en general —según me decía—, más que pequeños y egoístas anhelos, poca cultura, casi ningún afán artístico, y —sobre todo— allí donde había más religión exterior, ésta solía limitarse a normas de moral superficiales y de corto alcance; miedo a pensar por uno mismo en materias del espíritu, y a repetir unos ritos semimágicos que asimilaban mucho nuestra religiosidad a la de los pueblos primitivos o a la de los pueblos paganos.

Una experiencia parecida me ocurrió con un escritor y profesor católico venido de Checoslovaquia, que conocía perfectamente nuestra literatura y nuestro idioma. Al final de su viaje por toda nuestra nación —pocos días antes de la invasión rusa de su país— me confesaba: «España podrá ser un país de algunas costumbres exteriores católicas, pero no me ha parecido que sea un pueblo cristiano, contra lo que yo esperaba».

Por eso no me extraña nada que las editoriales —salvo alguna excepción— estén sintiendo en estos años, y en forma creciente, una gran crisis del libro religioso. No sólo el de piedad o espiritualidad, sino también de los temas que son más vivos, los cuales tienen una corta audiencia entre la gente religiosa de nuestro país.

¿Por qué? Porque, en mi opinión, y la de otros muchos, no hay bastante religión auténtica en España, aunque esto parezca a primera vista una paradoja.

Nuestro siglo de oro vivió en la teología, la literatura, el arte y la mística una expansión y expresión religiosa excep-

cionalmente fuertes que revelaban algo vital. Hoy, en cambio, en la teología, la literatura o el arte religiosos brillan casi por su ausencia las personalidades de fe. Y es que nuestra religiosidad —como decía hace pocos años uno de nuestros mejores obispos, Monseñor Díaz Merchán— es de folklore, de conveniencia social o de semisuperstición.

Hemos pasado, en cuatro siglos de decadencia religiosa constante, de lo vital a lo formalista; de lo espiritual a lo jurídico; de la fe como convicción y entrega personal, a una fe de fórmulas anticuadas; del cristianismo-vida, al cristianismo que es norma exterior; de la mística inconformista de San Juan de la Cruz —que sus propios frailes reformados temían por su franqueza sin mediatizaciones—, al conformismo ciego que favorece el autoritarismo jerárquico y la docilidad impersonal.

En una palabra, hemos saltado de la «ortopraxis» —rectitud vital y práctica de aquellas épocas—, a la formal «ortodoxia» conceptual —formalismo legal de fórmulas abstractas contingentes— de nuestro tiempo. Varios siglos de Inquisición, de Índice de libros prohibidos, de Tribunales eclesiásticos autónomos (o casi autónomos), han marcado nuestra cada vez más empobrecida mentalidad religiosa. Y han hecho olvidar que religión es «religación» personal con algo vital absoluto en nuestras vidas, y no una camisa de fuerza poderosa que nos resguarde, proporcionándonos seguridad para la otra vida y para ésta, porque esto no resulta nada más que una cómoda alienación espiritual para privilegiados o una injusta resignación temporal para el pueblo.

Esa es la causa de esta «deflación» religiosa que se nota en el país; porque es cierto que si los libros religiosos se venden cada vez menos, los confesionarios carecen de la numerosa clientela de antes, los seminarios casi se vacían y la autoridad religiosa no sabe ya cómo imponer sus normas.

De poco sirven los «aggiornamentos» de esta época posconciliar en doctrina, moral o rito litúrgico, porque ha llegado ya demasiado tarde por la falta de visión religiosa auténtica que ha sido la tónica nuestra. Los pocos que conservaban la religiosidad vital están hoy muchas veces situados entre los católicos que están con un pie en la incredulidad, o entre aquellos hombres y mujeres que definitivamente han abandonado el bagaje de sus ideas religiosas anticuadas que recibieron de niños y adolescentes, y han dejado unas prácticas semimágicas insatisfactorias.

Yo creo que hay verdaderos motivos para pensar que la religiosidad auténtica cada vez está más en baja en las filas del catolicismo español. Y donde perdura vitalmente es en minorías que se encuentran en el límite entre la creencia y la increencia, o entre aquellos que se llaman a sí mismos no-creyentes, pero que —con otro nombre— conservan esa noble actitud de «paganos excelentes», que tan inteligentemente describía el cardenal John Henry Newman el siglo pasado: «Si es verdad que es un incrédulo, también es demasiado serio y comprensivo como para ridiculizar la religión y luchar contra ella. Es un amigo de la transigencia religiosa. Por eso su religión es una religión de encarnación de aquellas ideas de lo elevado, de lo majestuoso y de lo bello. En unos casos reconocerá la existencia de Dios; en otros lo concebirá como un principio desconocido o como una cualidad ideal que nos lleva a la perfección».

Muchos creyentes que quedamos en la Iglesia queremos ser como estos «paganos excelentes». Y pensamos que ellos son, paradójicamente, los que dan más y mejor testimonio de lo verdaderamente religioso —de esa dependencia de lo absoluto, sea cual sea la manera como esto se entienda—; y desde luego mucho más puros y sinceros que bastantes hombres y mujeres oficialmente católicos.

Lo que añoramos también un número creciente de españoles es que la estructura humana de nuestra Iglesia —su exterioridad, sus normas y sus ritos— se den cuenta de que las puertas que están todavía construyendo no son bastante anchas. Incluso yo diría que no debería haber puertas, para que así, dentro de ella, en algún modo quepan estos «paganos excelentes» entre los cuales quisieran contarse muchos.

MIRET MAGDALENA